

STVDIA CORDVBENSIA

Revista de Teología y Ciencias Religiosas de los
centros académicos de la Diócesis de Córdoba

NÚMERO 17 · AÑO 2024

FUNDACIÓN SAN EULOGIO

CÓRDOBA, 2024

conciencia. Escribir y compromiso social o afectivo o familiar no parecen conciliables, «porque uno no puede dedicarse a esa religión que es la literatura y colocarla en segundo o tercer lugar» (419).

En fin, nos parece encontrar en este libro una narrativa no del todo lograda, porque, como dan testimonio estas páginas, nuestro autor parece dividido entre la importancia de cada vida humana en su pequeñez, de cada metafísica vivida, y el autoimpuesto egocentrismo. No parece encontrar en la espiritualidad que quiere enseñar el paso decisivo hacia el tú y hacia la celebración literaria en la que el yo se puede reducir a cero, porque ama más la alegría que a sí mismo (Chesterton).

RICARDO ALDANA VALENZUELA
Instituto de Teología "Lumen Gentium"
Paseo de la Cartuja 49, 18011 Granada

CHRIS KEITH, *El evangelio como manuscrito. Dinámicas de la tradición escrita* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 173; Salamanca: Sígueme, 2023) 316 pp. ISBN: 978-843012186-1. P.V.P. 23,00 €.

El libro que nos ocupa es una traducción del original inglés *The Gospel as Manuscript. An Early History of the Jesus Tradition as Material Artifact* (Oxford: Oxford University Press 2020). El subtítulo, como se puede ver, ha sido simplificado. El autor, Chris Keith, es profesor de NT y de orígenes del cristianismo en St. Mary's University de Twickenham (Londres) y de Teología en la Universidad de Notre Dame Australia. Doctor por la Universidad de Edimburgo, es editor de diversas colecciones en prestigiosas editoriales como Oxford University Press y T&T Clark. Podemos decir que el libro, en cierta medida, pretende ser una respuesta a la obra de Werner Kelber, *The Oral and Written Gospel*, publicado en 1983, y a su "alargada sombra" (p. 96) como él define su influencia en los exegetas de los evangelios. En esta obra, Kelber privilegiaba los aspectos orales frente a los escritos. Keith, a lo

largo de su obra, quiere demostrar la importancia de los aspectos textuales y del manuscrito en cuanto “artefacto”.

Tras una breve introducción en la que se exponen los fundamentos del argumento, el libro se divide en tres secciones y siete capítulos. En su introducción, el autor da cuenta de la preferencia que se ha venido dando ordinariamente a las tradiciones orales frente a las tradiciones escritas conectando la oralidad con la vida y la textualidad con la muerte. Esta “función subalterna” de la palabra escrita en la tradición de Jesús es particularmente incisiva en la obra de Kelber, a la que de alguna manera Keith quiere responder. El autor no niega de ninguna manera la importancia primordial de la oralidad, pero no está de acuerdo con el carácter secundario y esta “función subalterna” del manuscrito. Sin llegar a lo que él llama “desacuerdo categórico” (p. 18), reconoce que se sitúa ante esta postura tradicional con actitud crítica. Para hacer su propuesta, Keith rastrea las primeras fases de la tradición de Jesús en su forma material y plantea dos fenómenos fundacionales que irá explicando a lo largo de la obra: en primer lugar, lo que él llama “textualidad competitiva” de la tradición de Jesús y, en segundo lugar, la importancia de la lectura pública de los textos. El autor demostrar a lo largo de su obra que la recepción de la tradición de Jesús que se desarrolló en los tres primeros siglos no pudo haber ocurrido tal y como la conocemos sin la materialidad de los manuscritos.

La primera sección, donde encontramos los dos primeros capítulos, se titula “El evangelio como manuscrito”. El primer capítulo comienza cuestionando la idea de que la lectura antigua se realizaba exclusivamente en voz alta y plantea la importancia del manuscrito como “artefacto material”. El autor sigue a William A. Johnson y sus estudios sobre las “comunidades lectoras” y a Jan Assmann y sus trabajos sobre los “textos culturales” y lo que él denomina “situación prolongada”. Ambos autores dan al texto una centralidad absoluta y creen en la importancia del manuscrito

para enlazar tradición e identidad grupal. Los estudios de Johnson sobre las “comunidades lectoras” ponen de relieve la importancia de la praxis de lectura determinados por la cultura. Los estudios de Assmann profundizan en dos categorías fundamentales: la “situación prolongada” (*zerdehnte Situation*) y el “entorno material” (*entourage matériel*). La primera categoría plantea la pregunta: ¿qué aporta un manuscrito al proceso de transmisión que no aporte la oralidad? La segunda categoría reconoce que los objetos materiales son capaces de reflejar la identidad del grupo. Para Assmann, la única diferencia entre la tradición oral y la escrita es que en ésta última no hace falta la “copresencia” del transmisor de la tradición. Así, la “situación prolongada” permite, más allá de la “copresencia”, que los textos se puedan desenvolver en infinitas situaciones singulares que pueden prolongarse en el tiempo (ilimitados contextos de recepción). La segunda categoría estudiada por Assmann es la del “entorno material” (*entourage matériel*) o decoración de los artefactos materiales con la idea de reflejar la identidad de grupo. Estas decoraciones hacen que el artefacto exceda su función utilitaria y se convierta en vehículo para reflejar la identidad cultural de sus creadores. En este capítulo, Keith evidencia, a partir de los estudios de estos dos autores, el interés común en el papel del manuscrito a la hora de conectar tradición e identidad grupal.

El capítulo segundo se titula “Sociologías del libro en el estudio del judaísmo del Segundo Templo y del cristianismo primitivo” y es, sin duda, uno de los más largos y sustanciosos del libro. En él, Keith comienza a desarrollar seriamente su argumento. Siguiendo de nuevo las teorías de Johnson y Assmann, el autor presenta varias “situaciones prolongadas” asociadas con la tradición de Jesús en su forma escrita. Los textos se convierten en unas ventanas para asomarse a la historia social del cristianismo primitivo. El autor se pone en diálogo con numerosos autores como Eldon J. Epp, Bart D. Ehrman, Holmes, Kim Haines-Eitzen, Walter W. Skeat, David C. Parker, Jennifer Knust y Tommy Wasserman, Eva

Mroczek, Matthew D. C. Larsen, Harry Y. Gamble, Brent Nongbri y, sobre todo, Larry W. Hurtado, de la que él se siente deudor y continuador. Para estos autores, la preocupación y el estudio de los *nomina sacra*, el estaurograma, la predilección cristiana por el códice, el tamaño de los márgenes y notas marginales, el espaciado interlineal, la separación de las palabras son testimonios importantes de la cultura visual y material de los primeros cristianos. Keith presenta algunos puntos en común con estos ellos, pero al mismo tiempo se distancia fijándose, sobre todo, en el concepto de libro como manuscrito o artefacto material que los transmisores podían tener en sus manos. En la segunda parte de este capítulo, el autor se acerca a la historia del canon. Para Keith, el uso del manuscrito jugó un papel fundamental, dentro de la historia de la formación del canon, en la construcción de la identidad y de la autoridad en toda su amplitud de las llamadas tradiciones proto-ortodoxas, apócrifas y heréticas.

La segunda sección se titula “El evangelio como evangelios” y contiene los capítulos tres, cuatro y cinco. En el capítulo tercero, el autor reflexiona sobre el primer evangelio conservado y el primer caso seguro de una tradición sobre Jesús convertida en relato escrito. Según él, se trata de un paso fundamental, un acto revolucionario. El autor se centra específicamente en la cuestión de por qué Marcos creó un cambio en la transmisión del material evangélico de la oralidad a la escritura. Apartándose de la afirmación que hizo en un ensayo anterior, en el que afirmaba que Marcos pasó a la textualidad con la intención de crear una “situación prolongada”, Keith se muestra aquí más prudente, reconociendo que no podemos saber lo que pretendía Marcos, aunque su paso a la textualidad diera lugar inevitablemente a numerosas “situaciones prolongadas”. A lo largo de su explicación, muestra su escepticismo respecto a la fuente Q: se confiesa “agnóstico” frente a esta hipótesis por la falta de consenso. Aunque no pone en duda de que existieran fuentes de dichos, relatos de la pasión escritos, testimonios, etc., reconoce que

no hay “pruebas indiscutibles de que la tradición de Jesús circulara de esa forma antes de la textualización del evangelio de Marcos” (p. 96). Werner Kelber diferenciaba la tradición oral de la escrita por tener dinámicas de transmisión diversas y operar en contextos sociales diversos. Para él, la puesta por escrito del evangelio de Marcos fue algo perturbador, disyuntivo, destructivo, una desorientación, una transmutación causando la muerte de la tradición oral. Keith critica a Kelber diciendo que es poco convincente y que habría que eliminar la expresión “gran brecha” entre la oralidad y textualidad. No existe tanta diferencia. De nuevo, vuelve a apoyarse en las teorías de Assmann para argumentar contra Kelber y demostrar la importancia de la “situación prolongada” que supuso la puesta por escrito.

En los capítulos cuarto y quinto, Keith explica dos expresiones claves: “autoconciencia textual” y “textualización competitiva”. Por “autoconciencia textual” entiende el conocimiento que tiene la tradición escrita de su propia condición frente a otras formas de comunicación (recitado de memoria, representación oral, ritual, monumento, etc.). Por “textualización competitiva” entiende la lucha por la propia posición social que cada tradición tiene con respecto a la anterior de la que, además, es en cierto modo parasitaria. Esta última, una de las expresiones más repetidas en el libro, creemos que es poco acertada. El mismo Keith parece ser consciente de la ambigüedad de la expresión porque dedica varias páginas a intentar explicar a qué se refiere exactamente y a qué no. Si bien el autor reconoce que calificar de “competitiva” la textualización “no asume ni descarta la posibilidad de que una tradición determinada viera la tradición anterior de forma despectiva” (p. 127), termina afirmando que todas las textualizaciones posteriores a Marcos son conscientes de su existencia y son presentadas como una especie de superación. En este concepto se incluye la lucha por la autoridad de una tradición junto a otra, o incluso en contra de ella en una especie de dialéctica y/o carrera a ver qué texto tiene más valor e influencia. Keith habla

en varias ocasiones de “mercado de libros” de Jesús. La “textualización competitiva” vendría a resumirse en una frase: ¿quién da más en este “mercado”? Para el autor, Marcos ya realizó una primera textualización competitiva con las escrituras judías. Tras la textualización de Marcos, hubo una proliferación fulminante de otras textualizaciones hasta el s. IV, algo que reconoce que fue realmente revolucionario. Cada una de estas textualizaciones demostraría el conocimiento de las anteriores en el camino hacia la conquista de su propia autoridad. Sin dudar en ningún momento del esfuerzo del autor por explicar la relación de los diversos textos entre sí, creemos que este modo de concebir la transmisión de la tradición de forma dialéctica plantea muchos interrogantes y problemas que el autor no termina de plantear ni resolver.

En el capítulo cuarto se detiene en la “textualización competitiva” de la tradición sinóptica mientras que en el capítulo quinto se fija en la “textualización competitiva” de las tradiciones de Juan y de Tomás. Del evangelio de Mateo llega a decir que, sin llegar a rechazar de plano el de Marcos, lo “canibaliza” sea en su contenido como en su formato. La tradición escrita de Lucas fue la “más combativa” al declarar en el prólogo (Lc 1,1-4) su superioridad respecto a los intentos previos de textualizar la tradición de Jesús presentando una “certeza” que los otros parecía que no ofrecían (p. 157). En cuanto a la tradición de Juan, partiendo de los dos epílogos (Jn 20,30-31 y 21,24-25), afirma que no cabe hablar una “relación neutral” de esta tradición y otras fuentes de historias sobre Jesús: Juan presenta su texto como “verdadero” en contraste con otros libros escritos anteriormente. Además de esta sensación de superioridad, Juan exhibiría una conciencia clara de ser escritura continuando la textualidad de Moisés. En este modo de entender la puesta por escrito de las diversas tradiciones, el evangelio de Juan plantearía una especie de “enmienda a la totalidad” presentando su versión de los hechos como la “verdadera” frente a la de los demás. Finalmente, el evangelio de

Tomás continuaría con esta dinámica de “textualización competitiva” afirmando su superioridad porque ha recibido las enseñanzas directamente del propio Jesús. Dejando a un lado todas estas “autoconciencias textuales” y “textualizaciones competitivas” que el autor va desentrañando y que, como hemos dicho, son bastante discutibles, llega a una conclusión clara que podemos suscribir: los manuscritos no fueron algo periférico, auxiliar o secundario sino que fue precisamente mediante los manuscritos como los transmisores construyeron un grupo de lectores y una ubicación dentro de esa comunidad.

La tercera y última sección se titula “El evangelio como liturgia” que creemos la más interesante por sus repercusiones también en la historia del canon. Aquí encontramos los dos últimos capítulos, sexto y séptimo. El capítulo sexto es uno de los más amplios en el que Keith examina las pruebas de la lectura pública de los textos procedentes de numerosas fuentes judías y cristianas, sobre todo patrísticas. Precisamente la materialidad de la tradición de Jesús habría favorecido su transmisión y su lectura pública. El autor subraya la importancia de la lectura comunitaria en las celebraciones litúrgicas como forma de expresar el estatus de los textos evangélicos que se leían, así como modo de manifestar su autoridad. El libro poco a poco fue convirtiéndose no solo en un texto para ser leído, sino en un objeto de culto para ser venerado. La lectura pública fue otro modo que tuvieron los discípulos de Jesús de hacer exhibición del evangelio como manuscrito. Según Keith, lo que los cristianos hicieron con los manuscritos de los evangelios fue articular la identidad del cristianismo primitivo. Creemos que es el capítulo más logrado e importante del libro para establecer el papel fundamental del manuscrito en la proclamación y la formación de la identidad de los primeros cristianos, en el desarrollo de la conciencia canónica y la fijación del canon del NT. De hecho, la lectura pública en la liturgia era, según Karl Heinz-Ohlig, uno de los criterios más importantes para que un escrito fuera considerado canónico. Las palabras finales de la monografía

de Keith refuerzan la tesis esbozada ya en la introducción: “La transmisión de la tradición de Jesús no quedó confinada al medio escrito, pero sin el evangelio como manuscrito no habríamos tenido la historia de la recepción de la tradición de Jesús en la que estamos inmersos” (p. 278).

Además de nuestras reservas sobre la categoría “textualización competitiva”, como hemos indicado más arriba, creemos también que algunos de sus argumentos son demasiado dependientes del vocabulario técnico creado por Johnson y Assmann y, en ocasiones, la lectura del texto resulta agotadora y repetitiva. A pesar de todo, el libro hace una importante contribución a la discusión sobre la oralidad y la textualidad, la cultura del libro entre los primeros cristianos y la prominencia del manuscrito en las primeras expresiones del cristianismo. Keith ofrece, a lo largo de las páginas de su monografía, argumentos sólidos y convincentes dignos de consideración especialmente para aquellos que siguen desestimando la importancia crítica del manuscrito. Si duda, un libro que ha de ser tenido en cuenta.

PEDRO CABELLO MORALES
Instituto Teológico “San Pelagio”
Amador de los Ríos 1, 14004 Córdoba

MATTHEW THIESSEN, *A Jewish Paul. The Messiah’s Herald to the Gentiles* (Grand Rapids: Baker Academic, 2023) 208 pp. ISBN: 978-1540965714. P.V.P. 25,00 €.

Matthew Thiessen es profesor de orígenes del cristianismo en la Universidad McMaster, en Hamilton (Ontario, Canadá). Sus estudios se adscriben a la tendencia exegética “Pablo dentro del Judaísmo” (Paula Fredriksen, Mark Nanos, Magnus Zetterholm, William Campbell, Kathy Ehrensperger, etc.), aunque este autor tiene